

Fernanda

Fernanda. Un nombre tan contundente para una mujer tan chiquita.

Chiquita de estatura, de cuerpo, de pies y manos; chiquita de cara, de pelo, de gestos... pero grande de corazón y de fuerza.

Su fortaleza es la de una persona que se ha hecho a sí misma y se ha construido con el coraje que da el saberse mujer en un mundo de hombres.

Sola se crió, rodeada de hermanas y hermanos, de cabras y conejos, de hierbajos, gallinas y verodes; trabajando desde los siete años, edad en la que perdió a su madre. Creció trajinando en la cocina, en la casa... y entrenándose desde esa edad en el cuidado a los otros y a las otras, pero sola al fin y al cabo.

Y sola también, con un marido de los de antes, ausente en la cotidianidad, parió a sus catorce hijos e hijas, de los cuales diez sobrevivieron. Cómo le gusta recordar en voz alta, con la vista perdida, con esa mirada acuosa que la caracteriza: *“Yo misma les cortaba el cordón umbilical, los dejaba arropaditos y volvía a la finca a seguir cogiendo papas”*.

Sola sobrellevó además cuatro pérdidas, en un tiempo en el que se desconocían los métodos anticonceptivos y el cuerpo de las mujeres soportaban un embarazo tras otro, sin llegar todos ellos a buen término.

Hizo de padre y de madre, de mujer y de hombre, y así fue construyendo su destino, su gesto, fuerte y humilde al mismo tiempo, su carácter vivaracho y tímido, toda ella una ambivalencia de mujer, de movimiento sin ruido, apenas perceptible pero siempre cercana y en anda, al cuidado de las demás personas, de su familia amorosa, ejerciendo su matriarcado tácito con humor alegre, suave y tolerante, combinación perfecta de grandeza y pequeñez en sí misma.

Ana Ramos Hernández

Ganadora del concurso de Microrrelatos año 2005